

XVII edición

Concurso de narrativa sobre
experiencias migratorias
en Zaragoza 2022



ACERCANDO ORILLAS

Historias de Vida





Índice

Después de la lluvia aparece el Arcoiris..... 5

Anna Chaika

Siluros 17

José Ignacio Guerrero

Particella 1873..... 31

Samir Delgado





Ganador Categoría A
XVII Concurso de Narrativa sobre experiencias
migratorias en Zaragoza

Después de la lluvia aparece el Arcoiris

Anna Chaika

La vida es difícil y nunca sabes a dónde te llevará el camino.

Muchas veces valoramos algo solo cuando lo perdemos. A veces echo de menos de mi país, ciudad, pero luego me llega comprensión que echo de menos por mi vida, pero nunca no la puedo devolver...

Me gustaría comenzar mi historia un poco desde lejos para revelar lo anterior.

Nací en la familia de un coronel y una enfermera. Como mi padre era militar, tuvieron que trasladarse un montón de veces de un lugar a otro, de una ciudad a otra por todo el territorio de la ex URSS, una temporada vivieron así en Alemania, donde nació mi hermana.

En algún momento se trasladaron a Ucrania, a la ciudad Desna, era una ciudad militar muy pequeña y durante mucho tiempo no estuvo marcada en el mapa por su importancia estratégica. Fue entonces cuando los padres empezaron a pensar

en el hecho de que estaban cansados de mudarse y probablemente llegó el momento de elegir un lugar donde echar raíces.

Y luego llegó 1986 y nada presagiaba problemas, mi madre estaba embarazada de mí, aunque todavía no sospechaba. El 26 de abril ocurrió un accidente en la central nuclear de Chernobyl, el mayor desastre en la historia de la energía nuclear.

Todas las personas que prestaron servicios en los servicios gubernamentales fueron telefónicas y enviadas allí sin explicaciones. Mi padre estaba a la vanguardia. Ahora, años después, no quiere contar nada de éste, lo que pasó allí y es un milagro que sobrevivió.

Todos los pueblos pequeños de la zona comenzaron a ser evacuados. La mayoría se fue. Mi padre tenía que quedarse allí por el guardia, y mi madre no quería dejarlo sin apoyo. Mamá estaba muy preocupada por mí porque yo aún no había nacido y todos ya predijeron lo peor. A pesar de todo, ella tomó la decisión de quedarme.

Yo nací en un invierno con mucho nieve, en un día muy muy frío, estos días muchos de los cuervos murieron y cayeron de los árboles al suelo por congelarlos.

Paso medio año pero radiación no se ha bajado mucho. Afortunadamente, por algún milagro, valla que encierra nuestra ciudad nos protegió un poco de la radiación. Nadie entendió cómo, pero fuera del perímetro la radiación del fondo era mayor que dentro.

Después de 4 años, al final, tuvimos la oportunidad de mudarnos. De las ciudades propuestas, los padres eligieron la que

estaba más alejada de Chernobyl. Durante algún tiempo todavía vivimos en diferentes apartamentos de alquiler. Los padres estaban muy desanimados. Nos llamaron “*una familia en malas*”. Y una vez nos quedamos sin mayoría de las cosas, los han robado.

Esto fue solo el comienzo del colapso de la URSS, incluso si tenías dinero, a menudo era imposible comprar todo lo que necesitabas. Pero a medida que pasaba el tiempo, cada uno de nosotros trató de no desanimarse.

Finalmente, conseguimos nuestro propio apartamento y la vida empezó a mejorar. Con el tiempo, me casé. He formado mi propia familia, nació mi hija. Y parecía que éste era el momento cuando la vida mejoró, tienes familia, casa, trabajo, amigos.. Pero fue solo un breve momento... los padres en su vejez están tranquilos. Mamá cree que estamos malditos.

En 2014, hubo un golpe político. Y el país vecino no quería que Ucrania podría unirse a la Unión Europea y comenzó algo terrible... al principio, las manifestaciones pacíficas se volvieron agresivas. El centro de la capital se convirtió en un pequeño campo de enfrentamientos armados, seguido de otras ciudades aledañas al país agresor, llenas de revueltas. Toda la parte oriental de Ucrania estaba sumida en sangre y agresión, luego la anexión de la península de Crimea por una de las unidades administrativas, por lo que comenzó la guerra, que continúa hasta el día de hoy.

En mi ciudad todo empezó igual que en la capital, solo que a menor escala. Primero, míting, luego escaramuzas agresivas, luego tomas armadas y así sucesivamente. Una vez, cuando

pasamos con coche con nuestra hija de un año de la clínica infantil, nos detuvo un chico de unos 18 años con una arma, empezó a amenazarnos y agarró la arma con nerviosismo. Afortunadamente todo terminó bien. Pero comencé en ese momento con miedo de salir de casa.

Casi todos los días había escaramuzas en la ciudad, enormes vehículos militares con proyectiles «Grad» (se traduce como Granizo) disparaban en las afueras. Por la noche, el cielo parecía volverse festivo, pero estos no eran fuegos artificiales o luces de entretenimiento en absoluto, eran misiles y balas volando. Lo peor de todo es que nosotros, todos los civiles, nos acostumbramos vivir a los campos de tiro por la noche y al ruido de los aviones militares supersónicos, que volaban tan bajo que los árboles a veces caían al suelo, parecía que las casas de nueve pisos se podían rayar con un ala recta. Y aquello al momento se convirtió en una rutina, la norma, en algún lugar cayó un misil en un edificio residencial, todos discutieron la noticia como un accidente de tráfico habitual y luego se pusieron en marcha.

La vida no se detuvo, la gente se fue a trabajar, a los mercados y tiendas, los niños a las escuelas. Esta capacidad de adaptación a muchas cosas hizo que las personas se acostumbraran a lo que no es la norma, la falta de comunicaciones móviles normales constantes, la falta de un suministro continuo de agua y electricidad y, lo más importante, la total falta de seguridad personal.

Después de todo, las armas se distribuyeron a todos los que cumplieron 18 años y quisieron servir en el ejército de voluntarios. Y esto significa que los niños y niñas que ayer jugaron y hoy

caminan con un arma cargada y no disparan a los objetivos del juego, sino vivos. Lo que naturalmente afectó la aparición de una gran cantidad de robos, robos y ataques a mano armada. Y lo más deshonroso que hicieron fue que el ejército local sabía que llegarían los misiles de retorno de la Guardia Nacional de Ucrania, por lo que desplegaron y dispararon proyectiles militares desde los techos de edificios residenciales del territorio de jardines de infancia, escuelas, universidades, dormitorios universitarios. Y te alegrabas todos los días de no haber subido a tu techo hoy. La gente soldaba las puertas al techo, aunque no ayudó mucho.

Y un día de mayo, trajeron un mortero y un grupo de tipos armados a nuestra casa y estuvieron disparando contra el ejército nacional toda la noche. Por la mañana, después de ver cómo sufrían los apartamentos vecinos y sangre que estaba en todas partes, pensamos que no tenía sentido exponer a nuestra hija y a nosotros mismos al peligro.

En los dos días siguientes empaquetamos las cosas que cabían en el coche, en su mayoría cosas de bebé, un cochecito y otros artículos esenciales y nos marchamos... Seguía siendo ese viaje.

Había que ir en un coche de compañía donde trabajaba mi marido. Este coche tenía matrícula de Kiev y eso era peligroso. Dijeron que a los vehículos que tenían matrículas que no sean de Lugansk no les dejaron de salir, les robaban, incluso hubo casos en que desaparecieron personas y nadie más los vio, hubo rumores de que los que resistieron fuertemente simplemente fueron asesinados, se llevaron todo lo valioso y fin. En ese momento,

ya teníamos varios amigos listados como desaparecidos y hasta el día de hoy no se sabe nada sobre ellos.

Pero tuve que dejar la ciudad. Y decidimos ir por el truco. Dado que nuestro coche particular era de misma marca y modelo por con diferencia de un par de años y diferente color, cambiamos las matrículas y esperamos que nadie no mire el año y el color del coche en los documentos al verificar. Y como los coches fueron muy inspeccionados, todavía era muy bueno esconder las otras matrículas para que después de pasar todos los controles separatistas y llegar al territorio libre, fuera posible cambiarlas.

Fue aterrador, en total visitamos 11 puestos de control, más de la mitad de ellos pertenecían a separatistas, allí reinaba la anarquía y la obstinación. Cada parada atravesada por un miedo primitivo salvaje, probablemente mi hija sentía todo, y se despertaba en cada parada y comenzaba a llorar, lo que me ponía aún más nervioso, estaba consumido por el pánico, quería gritar a todo pulmón y llorar.

Miedo, odio, resentimiento, todos estos sentimientos dentro hirvieron. Esta es mi ciudad, mi casa y por qué tengo que dejarla si no quiero, por qué la gente que vive durante muchas generaciones en esta ciudad la está destruyendo bajo el liderazgo de extraños de otro país... para mí todo esto fue un gran shock psicológico. No podíamos creer que esto hubiera sucedido. Cuando vives en una ciudad pacífica y escuchas que en algún lugar están matando personas, en algún lugar hay una guerra, empatizas, te enojas, pero esto está lejos de ti y aún continúas con tu rutina, olvidando que en algún lugar está inquieto, esto fue

cuando sucedió en un estado vecino Moldavia, luego Georgia, Chechenia...

Sí, claro que hubo otras guerras, pero esto es algo que, por ejemplo, quedó grabado en mi memoria de adolescente y estos son países vecinos, que están muy cerca. Hay una guerra muy cerca y la gente se está muriendo por miles... pero tú no pienses, ni siquiera se me ocurre pensar que esto podría pasar aquí mismo en tu ciudad, donde pasaste tu infancia donde casi toda tu vida está atada.

Y en ese momento cuando esto sucede no le crees a tus ojos, parece como si esto fuera un sueño... una pesadilla que ha durado mucho tiempo... y estás intentando por todos los medios despertar y no puedes. Esto es comparable a un sueño real cuando intentas gritar en vano, pero no hay voz. Ese mismo sentimiento de impotencia se apodera de ti, solo que esto es realmente y no vas a despertar y necesitas hacer algo... pero ¿qué hacer? ¿Tirar todo y correr sin mirar atrás? *“Nos dicen que todos le deben la vida a su patria, pero parece que somos más complicados...”*, es imposible resistirse a que el enemigo esté en ocupación, cuando tu arma está cargada de justicia, y el arma del enemigo es el plomo...

Dejamos este caldero infernal. Las primeras tres horas del viaje fueron tan intensas que luego nos arrancaron las canas. Y las nueve horas siguientes en un coche abarrotado lleno de cosas parecían increíblemente fáciles y rápidas.

En el próximo año y medio, cambiamos cinco apartamentos y cuatro ciudades. Y en todas partes fuimos mal recibidos. Amenazaron, pincharon los neumáticos del coche, chantajearon,

rociaron el coche con pintura, nos corroyeron. Las amenazas son, por supuesto, solo palabras, pero nunca sabes qué esperar de las personas radicales, quieres salir al menos durante el día a la calle sin ningún miedo.

Extraños entre los suyos, tal era la impresión. Se nos culpó por nuestra propia culpa de que comenzara la guerra. Y es imposible ocultar de qué región eres porque está indicado en tu pasaporte e incluso en un pasaporte nuevo si lo solicitas también se indicará.

Ante la malicia humana y la agresión hacia nuestra familia y compatriotas, decidimos que es muy difícil vivir así y es imposible devolver la vida a la normalidad mientras esta carga se cierne sobre ti. Incluso en la mañana no quería levantarme, estaba tan constreñido por la desesperanza y la tristeza que parecía difícil respirar, si no fuera por mi hija, probablemente no hubiera podido superarlo. Pero hay un bebe que depende completamente de ti y debe, debes respirar, levantarte por la mañana, y hacer toda la rutina, aunque sea a la fuerza y tratar de sonreírle al bebé para que toda esta carga no se refleje fuertemente en ella.

Y al principio, el miedo no nos abandonó, los fuertes golpes y los sonidos de los aviones supersónicos se convirtieron en escalofríos. Un caso ilustrativo. Unos meses después de la mudanza, pasamos por un complejo de entretenimiento para niños y un globo explotó junto a nosotros y además había un gran eco, e instintivamente nos sentamos y nos agachamos. Creo que pareció muy extraño desde fuera.

Y luego nos llegó otra noticia simplemente aterradora de que el padre de mi marido había muerto... por el bombardeo de la

casa donde estaba. Fue solo una conmoción y dolor, y luego, probablemente con un psicópata de la desesperación, decidimos después de sopesar que necesitábamos cambios. Una revolución psicológica, por así decirlo. Pensamos que cambiar de ciudad era una vez más una idea estúpida y es mejor dejarlo todo y empezar del papel blanco. Después de todo, usted quiere vivir en paz y llevar una vida normal, sin mirar atrás cuando camina por la calle, sin tener miedo de mostrar su pasaporte o decir cómo sabe que no se burlarán de su hijo debido a la ciudad de nacimiento.

No sé por qué, pero de alguna manera nos gustó España, aunque prácticamente no sabíamos nada de este país, no sabíamos ni la idioma ni los costumbres. Recogiendo maletas, nuestras esperanzas y nos pusiéramos en camino. Primero acabamos en Valencia, nos metimos en el programa social, y de ahí nos mandaron a Zaragoza. Fuimos recibidos muy bien y amablemente. Un mes después, nos dimos cuenta de que queremos quedarnos aquí para vivir. La gente de aquí es muy amable, si no conoces el idioma, hay muchas personas que pueden explicar sin idioma y ayudar encontrar lo que quieres. Donde quiera que vayamos, a todas partes, no nos toman como personas comunes.

Para mí, todo este período fue muy difícil y la mudanza fue complicada. Nos quitaron la casa, nos tuvieron que separar de nuestros familiares, nos privaron parcialmente de nuestra nación al actuar tan bajo.

Treinta años no es tanto si se juzga, todavía joven, pero es muy difícil empezar casi desde cero a una edad en la que se ha invertido tanto en construir lo que fue destruido.

Hay tanto que hacer, aprender el idioma, conocer, un trabajo y un hogar.

Mis padres permanecen allí hasta el día de hoy, en el territorio ocupado. No querían salir de su casa. Yo superviso constantemente las noticias para mi comodidad. Es muy triste, mi hija prácticamente no se acuerda de mis padres y les gustaría mucho verla, pero no hay posibilidad de nalgadas, y la conexión es mala y no hay suficiente el video. Echo de menos mucho a mis padres y a mi hermana, lo extraño, como si me hubieran arrancado un pedazo del alma y se hubiera abierto un agujero.

Y después de tantos años, todavía a veces me despierto por la mañana y con un sentimiento de desconfianza de la realidad, miro por la ventana para asegurarme de que esto no es un sueño y estoy en España. Probablemente, nos impulsa algún tipo de optimismo interior. No siempre puede ser malo. Ya estaba mal, así que solo mejora. Y en parte, hice que el dolor y el odio fueran combustible para seguir adelante, para ser feliz con la ira del mundo entero. No sabía que mi corazón podía soportar tanto dolor. Y ella no irá a ningún lado, ahora está conmigo para siempre.

La guerra es un suplicio para cualquier persona. Durante la guerra, uno tiene que experimentar un estrés físico y psicológico agotador. Una persona no sabe lo que le espera y solo en el momento más difícil comprende lo feliz que era antes.

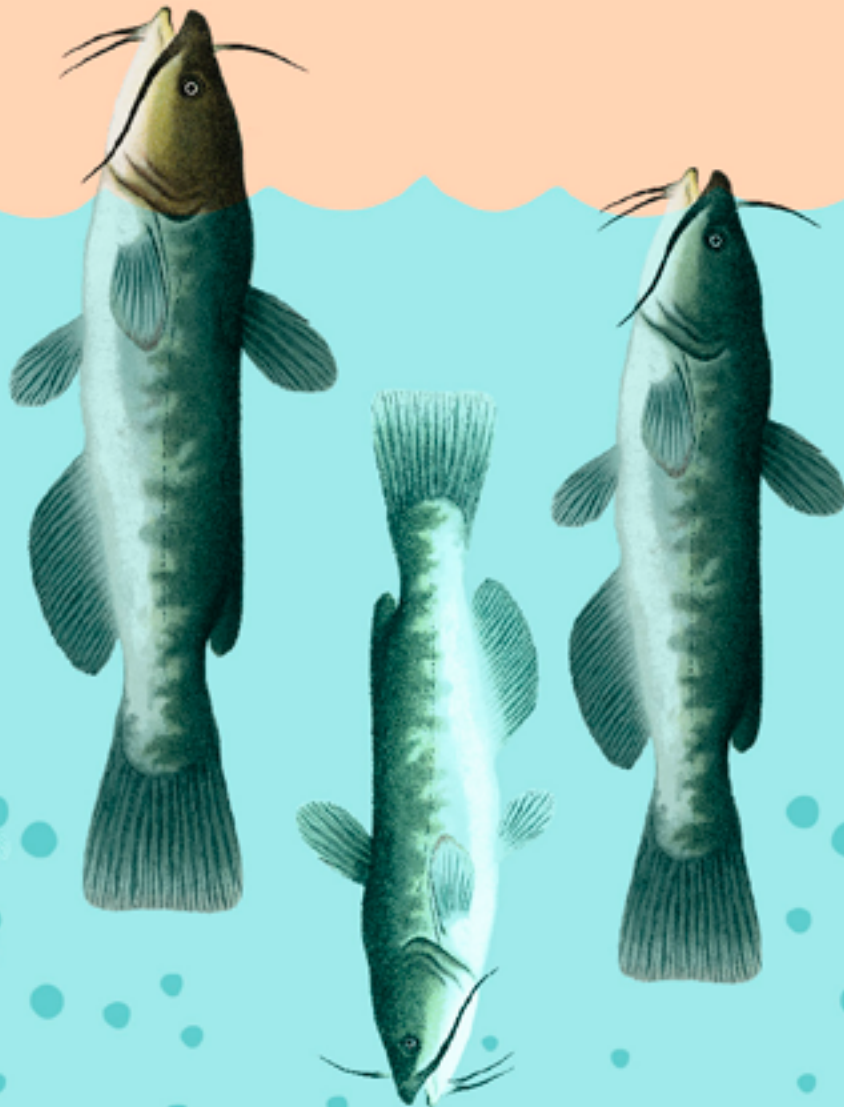
Las personas que pasaron por la guerra tienen una experiencia invaluable. La guerra nos enseña a sobrevivir, nos enseña a valorar cada minuto de vida. Todo lo que no le convenía a una persona antes de la guerra ha perdido todo sentido. Se revisan los valores, las relaciones familiares adquieren un nuevo significado. La gente trata de comunicarse más y ayudar.

Resulta que la guerra le quita a una persona todo lo que alguna vez le fue querido. La guerra se lleva la vida de familiares y amigos, te hace mirar la muerte y el sufrimiento. La guerra puede generar ira dentro de una persona, por lo que aprender a soportar el sufrimiento y permanecer como una persona amable, comprensiva y gentil se considera una experiencia invaluable.

Desafortunadamente, la guerra no paso, y provocho nuevo choque. Miles personas han quedado sin techo y otros sin vida... Hay muchos refugiados y me duele tanto los sufrimientos de la gente. Ahora Zaragoza es mi casa y yo estoy mano a mano con maños ayudando como puedo a los refugiados

Me gustaría que terminaran las guerras y que el mundo estuviera en paz. No importa quién sea por nacionalidad, porque todos tienen derecho a la vida, todos quieren vivir en paz. Todos sueñan con la paz y la salud de sus familiares. Es difícil darse cuenta de que en algún lugar la gente no tiene nada que comer, que no tiene dónde esconderse.

Es mejor, en mi opinión, no tener experiencia militar y nunca ver con tus propios ojos lo que es la guerra. Después de todo, la guerra es muerte, es destrucción y pérdida que no se puede compensar.



Ganador Categoría B
XVII Concurso de Narrativa sobre experiencias
migratorias en Zaragoza

Siluros

José Ignacio Guerrero

Creo que fue exactamente ese el momento en el que me di cuenta de que no tendría otro padre mejor y que tendría que conformarme con el hombre que, a mi lado, hundía el garfio de su meñique en la oreja para desatascarla de cera. El que me quería enseñar a pescar. Como hacía en Rumanía, como había hecho su padre con él y con sus hermanos. Pero el Ebro no era el Somesu Cald, y, sobre todo, yo no era él. Yo odiaba pescar. Los peces del Ebro sabían a barro, si es que no estaban envenenados con plomo, y era ridículo pescar en la ciudad. Donde cualquier compañero de instituto puede pasar y verte y... pues, eso, que puede verte. Cuando voy con mi padre insisto en que nos alejemos un poco más, por mucho que vayamos cargados como mulas, pero él tiene su recodo favorito y allí nos plantamos. Bien visibles desde los caminos de la ribera, donde la gente normal sale a pasear a su perro o a hacer running o a sacarse selfis o a buscar un lugar donde caminar de la mano con su pareja. Si oigo voces adolescentes me pongo en tensión, me gustaría esconderme, o marcar distancias con el gordo amodorrado por la cerveza que se hunde en la tumbona,

y que, a veces, cuenta chistes que tienen verdadera gracia y que me hacen reír aunque no quiera.

A ver. No es una descripción justa. Está más que teñida porque yo soy quién soy. Porque soy su hijo, en plan, es que tengo dieciséis años y él es mi padre y tal. Es lo que hay. Me gustaría estar disfrutando de ese momento padre-hijo, de todo el rollo, de la tradición familiar, de la creación de recuerdos, pero solo pensar que alguien me puede ver con él, pescando en la ribera del Ebro, y se me cae el mundo encima. Me doy más que cuenta. Pero eso lo vuelve todavía peor. Sentir encima que estoy siendo injusto. O un mal hijo. El peor hijo del mundo. Ostias si me doy cuenta...

Y ya he tenido demasiados momentos de darme cuenta de cosas. Preferiría, la verdad, no darme cuenta de nada. Íbamos a tercero. No sé si era la segunda o la tercera quedada de clase. Estábamos esperando a Marina, y, bueno, tardó como media hora o más, sin avisar a nadie. Llega y dice, que iba por la calle y que había dos rumanos, que ha tenido miedo de cómo la han mirado, y que ha ido por otro camino más largo, dando un rodeo y que... entonces es cuando Marina me miró y se detuvo en seco, como si hubiera visto un fantasma. Un fantasma rumano, claro. Puso esa cara que pone la gente cuando se acuerda. Porque si eres negro o moro se nota en seguida y punto. Pero en mi caso siempre llega el momento en el que se acuerdan de sorpresa, Cosmin es rumano. Y se ven obligados a especificar, claro; aclarar que yo no soy de los rumanos malos. Soy de los rumanos buenos. De esta distinción te das cuenta muy pronto. Están los rumanos currantes, los que se dejan la piel en el trabajo. Grandes, nobles, tal vez con ciertos problemillas de alcoholismo, con

el respeto y la formación heredadas de los tiempos soviéticos y luego están los otros, los malos, que a su vez tienen dos vertientes. Como si fuera un esquema de la pizarra salen otras dos flechas: los rumanos-mafia, delincuentes organizados brutales en sus asaltos y los rumanos-gitanos, carteristas del transporte público y mendigos varios. Que me consideren dentro del primer grupo se supone que debería hacerme sentir orgulloso o algo así.

El otro día salió la noticia en el periódico. No sé si en el Heraldo de Aragón o en el otro. La gente la tuiteaba o se mandaba el enlace a los grupos, también al de clase. Salió la noticia de que la guardia civil había detenido a varios hombres que transportaban a Rumanía un cargamento de siluros y carpas pescados ilegalmente. *“La Guardia Civil ha asestado un importante golpe a varios grupos delictivos dedicados a la pesca ilegal de siluros y carpas en el Ebro cuyo destino era Rumanía, en una operación que se ha saldado con 23 detenidos e investigados y 8,8 toneladas intervenidas de pescado no apto para el consumo humano.”* Las furgonetas cargadas de siluros no tenían ningún tipo de refrigeración, solo unas cajas de hielo. Iban a Rumanía. Aquí la gente no come siluros. En Rumanía sí.

“No pican hoy, Cosmin...” dice mi padre. En realidad no le importa una mierda que piquen o no. Se abre una cerveza y deja escapar un suspiro satisfecho. Y me explica que lo que pasa es que sopla cierzo. Me habla siempre en rumano, yo también le contesto en rumano. Mamá alterna con el español y nunca sabes en qué idioma te va a reñir. *“El agua se mueve mucho y los peces se quedan abajo sin moverse, y no pican”*. No podía evitar pensar en siluros. Aunque de sobra sé que papá no pesca

siluros. Quiero decir, el siluro es enorme, hay que usar un tipo especial de sedal, de 0,4-0,6 mm o más, y una caña resistente y tal. Mi padre lo que disfruta es sacando de vez en cuando una carpa o una perca.

Por si tienes curiosidad lo he investigado. No hace falta que lo busques. Ya lo he hecho yo. Tiene el cuerpo alargado y comprimido lateralmente en la parte posterior, sin escamas y recubierto de abundante mucosidad viscosa. Así es el siluro. Puede llegar a medir hasta dos metros o más. Una cabeza grande, ancha y aplanada con seis barbillones bucales, como bigotes de un gato de dibujos animados. A lo Doraemon pero más heavy. Tiene dos largos y móviles en la mandíbula superior y cuatro más pequeños en la inferior. Los superiores actúan como órgano químico-sensorial sensible a los estímulos olfativos, gustativos y táctiles. Es decir, que son su nariz, su lengua y la yema de sus dedos. Ojos diminutos, línea lateral completa pero no visible, aleta dorsal con tres o cuatro radios. El radio delantero de la aleta pectoral es aserrado en la punta y en el borde trasero. La coloración en su dorso es azul negruzco, pardo o verdoso; los flancos son más claros, con jaspeado oscuro y el vientre, blanco con reflejos rojizos. Los ejemplares albinos no son infrecuentes. Los machos más largos que las hembras.

Hay halagos retorcidos. Rumano de los buenos. Como el “*qué bien hablas español*” admirativo, con ¡¡!! de la señora Ángela, la vecina del cuarto, que siempre lo dice. Y a mí me dan ganas de soltarle que he sacado más nota en lengua que su nieto David, que va a mi clase. Darle en los morros. A ver si se entera y recuerda que hablo mil veces mejor que ella, que seguro me he leído más libros que ella y que toda su familia juntos.

“*La Carapapel te lo pone para compensar... el 10 en lengua*”. “¿*Para compensar?*”, pienso: ¿Para compensar qué? Si llevo aquí desde los cuatro años. Lo que pasa es que quien lo dice es precisamente uno de mis mejores amigos. Juanjo y yo estamos todo el día de coña, esa es nuestra forma de relacionarnos. Seguro que hay otra más sana pero esa es la nuestra. No me quejo. En la mente de la gente el rango para mujeres rumanas es más jodido. Están la mendiga de dientes de oro, la que limpia la casa, la camarera y la puta.

Me fastidia que mi padre cumpla el estereotipo. El de currante bueno. Que trabaje tanto. Que nunca se queje, que, al revés, presuma de trabajar más que nadie. También de comer más que nadie. Grande, toda la familia es grande y fuerte. Solo yo he salido flojo. Mi padre se estira en la tumbona semi-reclinada, suelta el carrete. Lugo lo recoge muy lento. Va vestido con una camiseta vieja que mi madre le compró en el Primark. Las cervezas arrugadas se van tendiendo a su lado como perros fieles y cansados. Ya no carga ladrillos, es electricista. Pero para mucha gente es o mismo.

La Carapapel es la profesora de lengua, claro.

La historia del siluro es interesante. Es fácil de buscar. En 1974 un biólogo alemán, Roland Lorkowski, soltó 32 alevines del puto pez bigotudo en el embalse de Mequenza. Unos dicen que su intención era repoblar la zona del embalse y combatir el exceso de carpas, se supone que apreciaba el medio ambiente, no quería destruir “*un ecosistema autóctono*”, otros, la gran mayoría, dicen que, simplemente, al tío le gustaba pescar en verano, y no se conformaba con sacar piezas de media talla. Quería disfrutar del reto, del combate, de las épicas peleas de los peces XXL

que nadaban en los ríos de su Alemania natal. Mi historial de búsquedas de Internet debe ser fino. El Marca, pornhub, siluros.

Cuando pasamos la mañana pescando hay momentos buenos. Si me olvido de algunas cosas, si me relajo, entonces me doy cuenta de que puedo pasármelo hasta bien. Mi padre se siente suelto a partir de la segunda cerveza y cuenta anécdotas increíbles. Se pone filósofo y te hace reír al mismo tiempo. Hemos creado nuestras propias costumbres. Al fin y al cabo me trae desde que yo tenía ocho o nueve años. Entonces yo lo disfrutaba de verdad. *“Hoy va a ser buen día”*, dice al llegar. Si se le escapa un pez, siempre dice *“S-a dus baba cu colacii”*. Y, si no lo dice él, me descubro diciéndolo yo. Me gustaría entonces ser como él con la gente. No ver nada más que lo bueno, y que los demás le aprecien. Hacerlo fácil. Igual es que él no tiene que ir al instituto, igual es que lo jodido es ser adolescente. Si le pregunto a mi padre cómo fue su adolescencia en Rumanía, resopla. Me cuenta que adoraba a Chuck Norris. Que todas las películas occidentales estaban prohibidas por el régimen pero que siempre se las arreglaban para conseguir cintas de vídeo, y que el mejor momento de su vida fue cuando vio Missing in action 2. Chuck Norris está colgado boca abajo, le han atado las manos a la espalda y le están torturando unos chinorris vietnamitas. Llega un momento en que le ponen un saco en la cabeza y le meten una enorme rata hambrienta... el saco se mueve, se oyen los gritos, y finalmente se llena de sangre mientras el cuerpo de Chuck se balancea inmóvil. Los carceleros se ríen, le quitan el saco de la cabeza... *“y ahí estaba el cabrón de Norris con la rata entre los dientes, y se la escupe a los torturadores. ¡Genial!”*. También me cuenta que salía a entrenar con las manos vendadas, corriendo y amagando puñetazos. subiendo y bajando escaleras, como Rocky,

Le decía a todo el mundo que iba a ser campeón del mundo de boxeo o de karate. Y que su hermano mayor, mi tío, se burlaba de él, y le decía. *“Cand bunica va redeveni virgina!”* que es algo así como lo que dicen aquí de cuando los cerdos tengan alas o las ranas crien pelo, es decir, algo que no va a pasar nunca. Aunque la traducción literal es mejor todavía: *“¡Cuando mi abuela sea virgen!”*

“En total, según ha informado este miércoles la Dirección General de la Guardia Civil en una nota, se han incautado en las distintas fases de la operación 8.888 kilos de ese pescado, capturados de manera ilegal en las zonas más recónditas del río Ebro en Aragón y en embalses de Zaragoza y Huesca.”

Me gustaría sacar la bandera. Esperar al milagro de que Rumanía haga algo grande en un Mundial. Sentirme orgulloso de Vlad Tepes. Del que tuve que hacer una exposición oral en primaria, porque teníamos que ser multiculturales. Pero lo que no me gusta es que me obliguen a llevarla, porque en Cluj-Napoca me llaman el *“spaniolă”*, y se ríen porque cometo errores cuando hablo en rumano y porque tengo un acento raro. Se parten el culo. Pero es que todos los primos son como son y yo no. Soy como un bicho raro dentro de una familia de atletas y deportistas. Tengo los mismos ojos claros que ellos, pero están detrás de unas gafas. Todos son enormes, tienen unos hombros como placas tectónicas continentales y yo soy más bien pequeñajo. Puedo cruzar una piscina a nado pero al llegar al borde me late el corazón a mil por hora, si entonces no me agarrara al borde estallaría por dentro antes de morir ahogado. Mi tío fue campeón nacional de natación. Todos han hecho cosas, en plan hazañas deportivas. Mi padre tiene fotos en los campeonatos

de lucha libre grecorromana y conoció a Rareș Chintoan y tiene su autógrafo... aunque a nadie le importe una mierda aquí en Zaragoza, porque ni puta idea de quién es. Me definen. Unos, otros. El rumano. El español. El raro. El inmigrante, el invasor. Igual que un siluro peor en flojo. El debilucho y el inútil.

Soy rumano cuando me miran como a un rumano. Soy español cuando me lo dicen en Rumanía. El *“micul spaniol”*, con su burla. El *“rumano”*, con su desprecio contenido, aunque sea colateral. Cuando se me quiere, me dicen que es a pesar de mi nacionalidad. Que soy de los rumanos buenos. Cuando me odian, es por culpa de mi nacionalidad. Y si Juanca empieza a llevar una de esas pulseritas con los colores de la bandera de España, y si alguien dice algo de Vox, ¿qué debo sentir? Al final, lo que somos es lo que se refleja en las miradas de los compañeros de clase, de los profesores que han de poner las notas, de los conocidos y también de la gente que no te conoce de nada y no tendría que importarte. Dependemos de todas las miradas. Más o menos. Lo único que no sé es cuantas miradas hacen falta para cambiar las cosas. ¿Cuatro? ¿ocho? ¿cien? ¿un millón?

“Como resultado de las pesquisas, que se iniciaron en julio del año pasado, los agentes del Seprona han detenido e investigado a 23 personas de nacionalidad rumana, integrantes de varios grupos delictivos y a los que se les acusa de delitos contra la salud pública, contra la protección de la flora y la fauna, falsedad documental y pertenencia a organización criminal.” Estoy seguro de que muchos sienten un cosquilleo tranquilizador cuando leen los sucesos -creo que se llaman así- del periódico. Leen la noticia, descubren que S.M. o C.D. varones de veintitrés y veintiséis años son de nacionalidad rumana y respiran aliviados.

“¿Qué es lo bueno de que Rumanía participe en las Olimpiadas?... ¡Que se conforman con el cobre, tío, con el cobre” y de nuevo lo dice uno de tus mejores amigos, que se ha ganado el derecho al humor, para pinchar. Yo le puedo responder que su madre está tan gorda que en lugar de cinturón usa el ecuador. O que su madre está tan gorda que sus selfies se los hacen desde un avión. Otros lo piensan y no lo dicen, pero sabes que la mierda anda por debajo. Y con él yo puedo defenderme, Más que de sobra. Porque su madre está muy muy gorda. Hay gente que tiene toda la buena intención del mundo. En segundo de la ESO me llega Paula y me dice, a bocajarro, me dice: *“Oye, Cosmin, ¿a ti te gusta la Madalina?”*. Dije que no lo había pensado. A ver, es maja, es mona, pero nunca me había parado a pensar si me gustaba. Tal vez me lo decían porque ella había mencionado algo sobre mí. Si alguien tenía que gustarme era Carmen. Que se sentaba a mi lado y me dejaba loco solo con mirarme. O con una sonrisa, aunque no me la dirigiera a mí. Y bueno, sí, también su culo y que iba con tops. Era muy tonto todavía como para reconocerlo, pero si alguien me hubiera podido gustar era ella y no Madalina, entonces, de repente, ¡bum!, lo supe. Fue otro de esos momentos de darse cuenta de las cosas. Porque Madalina era rumana, y yo también, y dos más dos... Había un grupito de chicas que se divertían fabricando las parejitas de la clase, tal con Eva, tal con Ana Isabel, este es tan mono... que buena pareja hace con Sara, y el rumano... el rumano con la rumana.

Lo que pasa es que, cuando me doy cuenta, no sé por qué no estallo. Debería haber saltado, dejarle claro a la gente que lo que soy y lo que no soy no lo deciden ellos. Lanzarles a la cara sus prejuicios y sus mierdas, y sus buenas intenciones y sus *“Qué*

bien hablas español” y sus “micul spaniol” y sus “deberías hacer deporte, hacerte fuerte, hijo” y... sus... sus... Lo haré. Juro que lo voy a hacer... En cuanto tenga un poco más claro que es lo que soy y lo que no soy.

“Esta pesca ilegal resultaba un negocio lucrativo para la organización que, según los cálculos de los investigadores, podía mover con esta actividad 100.000 euros al año.”

Mi madre se encoge de hombros. *“No nos enseñaron autoestima, Cosmin”, me dice mientras sigue cocinando “Rumanía era... era un lugar del que había que salir. Como fuera. Había que escapar de allí. ¿Sabes que mi regalo de Navidad era...”*. Un plátano. Siempre acabo esa frase. Me la sé de memoria. En tiempos de comunismo nadie tenía de nada, lo que es de nada, pero una vez al año, en navidades llegaba un barco desde la Cuba castrista, y traía plátanos. Toneladas de plátanos. Eran dulces, eran exóticos... y se convirtieron en el regalo de navidad para la mayoría de los niños. A veces lo abrían y lo iban comiendo poco a poco durante días, la parte que se ponía marrón, que se empezaba a estropear, era la más dulce... No quiero ni contar la de veces que he oído esa historia. Una vez, en vacaciones de verano, mamá dijo lo del plátano, y su padre, mi abuelo, empezó a decir que al menos con Ceaucescu no tenían mucho pero que estaban tranquilos y no pasaban tantas cosas malas por todas partes... y mi madre le dijo que, la próxima vez, en lugar de una transferencia o un jamón, de España le íbamos a llevar un plátano.

A mi padre todo eso le da lo mismo. Me sé de memoria la historia que se cuenta a sí mismo. Todos le han tratado bien. Siempre se ha sentido acogido. *“España es como Rumanía, todo es*

muy parecido... Si haces las cosas bien, no tienes problemas con nadie”. Al principio trabajó sin papeles, haciendo de todo: butanero, reformas, mudanzas, peón... lo que saliera. Le habían prometido un empleo en Valencia, y se marchó él solo con la intención de trabajar algún tiempo y mandar dinero. La familia tuvo que pedir varios préstamos bancarios para pagar aquel viaje. Y era mentira. Ni trabajo ni nada. Se vio en la calle. Pero un amigo suyo, Nicolau, al que mis hermanos y yo llamamos tío, vivía en Zaragoza... Le ayudó. Durmieron meses en la misma cama. Hasta que consiguió el permiso de residencia y trabajo... Luego vinimos todos. Yo con dos años. *“Ahora Rumanía es Europa, todo es fácil, ahora, pero entonces... Ufff”*. Dice, y se ríe recordándolo. Y me dice que lo que más echa de menos son los ríos... y me dice que el domingo vamos a pescar...

Todo va bien cuando nada va mal. Parece una tontería de frase. Pero no lo es. Lo explica todo. Estás en un partido de fútbol. Nadie es racista. Igual no son todos tus amigos, pero son gente que conoces, has jugado otras veces con ellos... de repente, igual porque tampoco eres muy bueno. En realidad eres bastante malo. Vas a robar el balón, metes la pierna sin ton ni son y haces falta. El otro tío rueda por el suelo, lo que dice al levantarse no es: *“Controla, tío”* o: *“Eres gilipollas, ¿qué te pasa?”* ni tampoco, por supuesto: *“no pasa nada, estoy bien”*. Lo que dice es: *“puto rumano”*.

Puedes ser el mejor... yo qué sé... el mejor cirujano del hospital. Salvas la vida de mil pacientes... todo va guay, de repente algo sale mal y el paciente mil uno muere en la mesa de operaciones. De repente te conviertes en el cirujano rumano o el moro o el negro. Cuando se lo comento a mi primo Tibor se me echa

a reír en la cara. Me da un manotazo en la espalda, con toda la mano abierta. Mi primo es enorme. También es bueno en los deportes. Tenía bigote con doce años. Se sigue riendo... “Perdona, perdona. ¿Un cirujano negro? Pues ni en sueños yo dejo que me opere”. Y así seguimos. Metidos en nuestros cajones. El cajón del maricón. Del negro. El cajón del moro. Del gordo. Del raro. Del rumano. El del rumano raro. Mi padre añade, a veces, el de los cochinos búlgaros.

“Este tipo de pescado apenas se consume en España, donde el siluro ha aparecido como especie invasora y se reproduce muy rápido. Sí es muy habitual en el Danubio y en Rumanía se consume de forma habitual. Las fuentes consultadas han resalado la cada vez mayor presencia de ese tipo de grupos delictivos en el Ebro, que trabajan de forma estructurada para una organización criminal.”

Uno de los comentarios de la noticia, en Internet, dice: “Si fuera solo el pescado. Es todo. Hasta las medicinas. Y las muletas de la Seguridad Social” El usuario CidCampeador98 le responde: “Son todos iguales. Son una lacra”. Es lo que temen. Muy en el fondo o más en la superficie. Pero es de lo que tienen más miedo. La gente se pregunta “¿cuántos millones de inmigrantes van a venir en patera el año que viene?” “¿Cuántos pueden circular libremente por Europa?”. Una pregunta que no hacen pero que está siempre ahí es... “¿Qué será de nuestros hijos? ¿De los centros de salud o de las escuelas? Aquí no hay espacio para todos”. Terroristas, delincuentes. Los rumanos no explotan, los moros sí. “No se adaptan, erosionan nuestros valores”. Ahí está mi padre medio dormido en la tumbona, dedicándose a erosionar después de toda la semana currando.

“Erosionan”... que es una palabra genial. Así como de ola y de viento. Todo emigrante sabe de erosión.

A veces, lo que creo es que todo el mundo está asustado. Tienen miedo de... eso es, de que seamos siluros. Y yo, si me asomo al Ebro, estoy a punto de imaginarme que en el barro se forma un reflejo. Me veo con forma de siluro, con ojos de siluro, escamas, aletas, bigotes de siluro. Una especie exógena introducida desde el exterior que devora las especies autóctonas y acaba con todo. La pesca. Los peces pequeños, los peces locales. Los puestos de trabajo, los sueldos, los empleos cualificados, también los empleos basura. Las medicinas. Las mujeres. Los sobresalientes en lengua. El aire. La lluvia. Cuando me miro al imposible espejo del Ebro estoy a punto de ver al depredador. Un siluro. Lo jodido es que hasta como siluro sería flojo, debilucho. Siluro con gafas.





Mención especial del jurado
XVII Concurso de Narrativa sobre experiencias
migratorias en Zaragoza

Particella 1873

Samir Delgado

CARTA DESCONOCIDA DE MARTÍ A FERMÍN VALDÉS EN ZARAGOZA

Quédate conmigo, la verdad tiene los días contados y la luz del mundo olvidó el camino de regreso.

Un sol de invierno desnuda los cristales rotos del último mueble de la tristeza recién estrenada. La ciudad está mudando de piel en las avenidas desiertas con la voluntad radical de un cambio que no se espanta dos veces por la desmesura de lo sublime.

Desde el primer día, obligado a pasar las mismas horas fantasmales de un hotel rememorado en las horas más difíciles, sospechaba que la traslación del planeta es una quimera real. En aquella hora decisiva quién no repudia el calendario de un papa en el reloj azul de las cocinas. Las bombillas lustrosas de la ciudad siguen el compás del corazón en la memoria difunta de los pájaros de marzo.

Nunca esperé realmente otra devoción mayor que la profesada a este papel en blanco de los árboles difuntos, que se redimen de algún modo, en el remanso de tinta al florecer de nuevo

y muy a pesar de la sombra extinta del suplicio milenario de la madera de los árboles.

Siendo el habitante del único salón en diez mil kilómetros a la redonda con un libro sobre la mesa, realmente hay algo más que un poco de misticismo en este hecho ponderado escrupulosamente. Tampoco espero nada de la vida, más allá de una supervivencia moderada, en estas horas extrañas de errancia íntima en una ciudad semivacía como una isla virgen del caribe, cerrada a cal y canto ante la debacle de la nueva soledad mundial que ha convertido por sorpresa el posible final de miles de millones de almas en un trance desconocido y extremadamente particular. Atrás quedan los años de la inconsciencia y hoy he decidido escribir mi propia soledad también, la del primogénito con la sola pluma de un romántico extenuado por las noches en vela de las latitudes de la sierra madre.

A solas completamente, domar al león de las fauces hambrientas es un propósito colosal, más aún desde la sombra impenitente de un televisor apagado que no cesa de bostezar los silencios furtivos de una maldición planetaria. A esta hora nadie reconoce la soledad del mármol de las lápidas, por eso hay que decir todas las cosas una sola vez en este vendaval de melancolía desierta. Al igual que la mantarraya en su absoluta invisibilidad, el enigma sobrevive gracias a un tercer hemisferio que no figura en los mapas, tiene su ubicación en el territorio de la memoria, ese centro de gravitación universal. Al lado contrario del silencio claman las órbitas de la desolación. Como la púrpura ascensis inclemente de la carne desollada en un lienzo cortesano. Todos los días abandona el viento su clausura, a decir verdad esta ventana es la única fe de los dioses del lugar y si me

preguntan por un origen diré cada centímetro de esta humedad aragonesa.

La sangre de la decepción pertenece a los mercaderes. Mira si no como estos bosques áureos de la esquina de tu sombra sobreviven al alimón a pesar de la estadística. Las nubes de un encierro lucen mil banderas blancas, por eso he llegado a pensar en la luz imposible del propio entierro. Nunca puede escucharse la soledad más absoluta. Así la grava interior comienza la infinitud del abismo.

Frente a un espejo la vida es solo reclusión personal. Realmente si hay secretos para una muerte anunciada la gravitación fluida de la tinta sobre estas hojas va a contrarreloj de la nueva perseverancia del ser. La no extinción de la llama en los ocasos bursátiles. Ayer la trastienda de la realidad cortó su vena aorta mientras los delfines del desván surcan la deriva más silvestre. Ya se pueden besar todas las amapolas de una terraza, pensé. Y rasca la oruga del clímax los acentos de la perdición en estos páramos de virtualidad a secas.

Quiero decirte al oído un instante de todas las lluvias: todo es un mar de luz afuera. Cuantificar los bienes de las otras vidas acerca el absurdo a la perfección absoluta. Estamos en el mundo por siempre jamás, así que la soledad nunca concluye en el límite del cero. Hay que lanzarse de cabeza sobre la corriente de los ojos abiertos. Proclamar en lo mínimo la insatisfacción de las enredaderas que habitaron los salones de casa. Solo la inercia de una máquina desfallece por el silbato de la herrumbre.

Nunca fui consciente de que odio la fruta podrida de las naturalezas muertas. Ahora bien, vuelvo la vista atrás sin juntar las manos para el rezo de un padrenuestro proscrito por los siglos.

Fuera de la órbita de la luz todo lo que sigue es producto del ángel de la jiribilla. Ahora la experiencia de intimidad reflejada en cada fecha de este desierto es una redención íntima. El escenario de la casa no es un lugar de residencia. Ni la comunidad que habito. Solo el sentir de la realidad dona una óptica sobre la dinámica del cambio. la ruptura de las cadenas es un orgasmo del yo. Una perversión que nos libera del hechizo de estar vivos. Yo lo sabía y a pesar de todo no me salvar una punta de lanza en la maduración de estos segundos en el tumulto de sentidos.

Hacer visible un ocaso propio a duras penas. y localizar siempre el margen de la escritura. Ser joven, rebelde e indocumentado. La lámpara encendida de nuevo la memoria de un año de la infancia se parece a los siglos y a las nubes. Toda cronología es un fracaso a ciegas. Cómo decir todas las veces de la belleza de la nieve en el inventario de la eternidad. Las cifras del desaliento padecen la dureza letal del vértigo de una sola vida. Y sin embargo sentimos la cadencia el comienzo de una curva.

Una tarde lluviosa, la ciudad padece un ataque epiléptico de luminarias sobre la inmensidad del silencio. Una escapada con las maletas de toda una vida parece una ilusión. A manos llenas la fruta azul del atardecer del último pájaro antes del sueño. Aún trina en el eco de mis sombras la indiferencia de las gotas de agua en un vaso de cristal.

La felicidad es incómoda. En el jardín los pájaros canturrean el afuera de su jaula. Como esta conjunción automática de recuerdos a las seis de la tarde. Aumenta la sensación íntima de anquilosamiento. La pesadumbre es discontinua en dosis mortífera. La vista recluida se diluye en los sedimentos acuosos. No obstante he visto las ciruelas al borde del canasto mirar los

peces de un acuario una y otra vez in extremis. La conclusión de intimidad. Solo así es soportable el infierno. Pero el horizonte es difuso, convencional, calculable, lenguas de llamaradas cabalgando en mi interior acudo al lavabo en auxilio mi cara frente al espejo, me humedezco a tientes como la tinta fatal de esta noche salvajemente bella escribir fue la vena aorta de mi realidad.

París se reduce a polvo de estrellas. Ahora resulta peligroso alejarse de nuevo a su palpito consciente que vuelca en mí la obtención de otra luz sobre el papel. Así en cada mañana bendigo el canto de los pájaros que morirán en unas horas hay un desafío contra todo porvenir en el sueño del vacío cotidiano de todas las especies.

Hubo un tiempo en el que nadie habla de otra cosa más que de sí mismo. Sin embargo entre el remolino de rostros que contemplo a diario en esta desolación siento la incomunicación permeable su extensible deficiencia, la frecuencia irresoluta de intercambios. Solamente en el hallazgo fortuito se produce el desahogo de la concentración de frases en el pozo desequilibrante de lo real una copa de anís como la fiel compañera en las tardes longevas del desierto.

El reloj goteando la perdición de las horas con el mismo placer del alcohol. Pulverizamos así la inquietud: con lametazos de conciencia, propiciamos la templanza cavilante, el reinado promiscuo del desertor, la dulce reflexión entristecedora de las monedas que caen de nuestra mano la mesa de mi habitación está cubierta por una envolvente capa de polvo. Sentado, intranquilo, trazo estas líneas tras un tiempo de forzada ausencia.

Me hierve la sangre por doquier hacia el otro lado de la noche. A pesar de que busco el pulso adecuado para escribir, siento

ráfagas de pensamientos convulsos que azotan la vista, maldito seas amado poeta. la soledad me come las entrañas por dentro. Aparecen múltiples imágenes fugaces que fluyen en cascada, así mantengo mi lámpara encendida, a la espera del incendio mayor las impresiones febriles se apelonan dolorosamente sobre la mesa, la falta de constancia bloquea el quehacer de mis papeles furtivos, nadie me recordará por este himno secreto de la mesa rutilante donde conservo para mí solo la escultura de una koré griega que huye de la violencia desatada de los dioses el tiempo del calendario es una mordaza opresiva que hace de nuestras experiencias un caudal de palabras moribundas que yacen a la espera de avituallamiento de tinta.

La memoria se ejercita con la pluma de cada día para no desfallecer en el foso profundo de la realidad necesito escribir para alcanzar un mínimo de fluidez en la conciencia, mi nombre es José he de recordarlo.

Al igual que el ultimátum matinal a la tristeza de los glaciares en una sola vida no caben los días de zozobra de los puertos. Parece que un vendaval me arrastra ciegamente hacia adelante, las horas muertas me aíslan. Solamente la hogaza de pan de los almuerzos y las breves reflexiones de estos papeles a mediodía son lugares para la reconciliación.

En casa se empañaron las décadas de aclimatación al idioma español, la felicidad de las familias parece en general un imposible, la incomunicación es proporcional al caos de los acontecimientos. La quintaesencia de la nada toca a la puerta todos los domingos. No hay sepelio futuro sin aquel ciprés, a la sombra de su sombra renacen todas las sombras las horas incontables frente al blanco de una pared son un ejemplo de la distorsión

de la realidad cotidiana en un hogar. Las imágenes de nuestro entorno inmediato vuelven como un hachazo a la cornucopia de un animal extranjero. Es alucinante la densidad de espacio que controla tu dios. Yo siento muchas veces ese fenómeno corrosivo en mi vida, la permanencia de los dogmas dentro de nuestra cabeza, los restos espurios de lejanas canciones, la verdad troceada en dosis compactas de ideología es jueves a mediodía, las barreras que imposibilitan la intimidad de la escritura son insoportables. Igual que la masturbación, el milagro siempre sucede únicamente a solas la poesía fue mi única redención. Lejos del apasionamiento de aquellos días primeros en la Habana.



No quería romper la convención de la vida familiar, sin embargo hay una lógica en el proceso de escritura que proyecta nuestros momentos más genuinos mediante los instantes reflexivos sobre el papel.

Las situaciones límite sobrevienen cuando no encontramos una vía de escape para llegar a esa región de libertad expresiva que nos depara la escritura por medio de este tiempo dedicado a uno mismo compensamos el embrutecimiento social al que nos somete el abismo. Durante las horas de jornal no soy yo mismo, solamente nos está permitido el arte del flirteo.

Castillo del origen descubre las cortinas al negro, una estrella a pie de calle reclama el paisaje natal de todos los hombres difuntos tumbado en la cama escucho el silencio de las tinieblas que dieron vida a una sinfonía de beethoven.

Asfixia el ambiente rutinario de casa. De lejos llega el eco de los vecinos y el vuelo esporádico de los cometas que cruzan el espacio difunto de la arena. Esa otra realidad paralela he podido dormir profundamente hasta bien avanzadas las agujas del reloj. El cansancio va aumentando la constancia de la deficiencia vital, el obstruido fluir del tiempo que revierte en nuestro cuerpo una especie de sopor irritante, el embotamiento psíquico que anestesia el aislamiento un poeta está siempre sometido a la lógica corrosiva que le encadena al lenguaje, es muy difícil conservar una contención de energía para la creatividad.

Las escasas oportunidades de liberación íntima merman las fuerzas con el paso del tiempo. Más aún cuando la agitación de las campanas nos desvela a plena luz no ser una parte funcional de la maquinaria. Salirse del tráfigo de la ciudad. La

ruptura permanente de los hábitos urbanos llevaba por caminos frondosos que recorría inocente.

En la huida, el caserío siempre coronado por un roque de piedra descomunal, allí está agrupado frente a un valle de vegetación milenaria, lo he soñado tantas veces, arboledas salvajes que componen un cuadro fabuloso junto al acantilado verdiazul donde se descubre un océano inmenso nunca antes visto. Allí es el sabotaje, la puerta trasera de la isla perdida a los ojos del hombre el vuelo estridente de un astro me da náuseas. Ese sonido metálico, perturbador, que por minutos va comiéndose el ambiente de las azoteas.

Cada vez que irrumpe en mi espacio cotidiano siento el fulgor de las estrellas vuelvo a mi pasado en la ciudad de París: el pavimento caliente al borde de las fuentes, los jardines privados de la aristocracia y yo en la contrafuga del poema el desencantamiento que me produce el arrollador gemido de un caballo muerto de hambre es un símbolo para mí, su presencia atroz genera un conflicto en mi estado íntimo, me duelen sus estribos al escribir observo la necesidad de profundizar sobre los efectos de la luz en cada lugar.

Cualquier confianza en el porvenir como buena nueva de la ciencia es sospechosa y oculta el naufragio colectivo bajo el imperio de las vidas mutiladas campana del mediodía enseña los dientes de tu amarillo tubular, a flor de piel, a esta fábula antepasada que riñe a solas con los estafadores y los traficantes de armas en el desayuno sentado en la silla de la cocina, mientras la leche se calienta en ese preámbulo del limbo matinal, confieso la preocupación por mi flaqueza de fuerzas, hace ya mucho tiempo que no ando enérgico y animoso como antes.

Y era cierto que estaba extremadamente triste. Me gustaba observar a solas desde las cortinas del salón el candor matutino y las gotas de lluvia que atraen el perfume de tierra mojada hasta mis narices. Mi problema era la necesidad de intimidad, pensé. Ya era una persona mayor de edad y dolía mantener ese equilibrio entre el ordinario ambiente familiar y la euforia esencial de un estado de conciencia emergente sobre la mesa una infinidad de dulces, tartas, bizcochos y postres de todos los tamaños reluciendo a través de sus colores.

Un embriagador ambiente azucarado envolvía el local frecuentado por multitudes ávidas del pan de cada día. Mientras aguardaba mi momento un reflujo de imágenes perturbadoras me conmovía por dentro. Imaginaba el mordisqueo de los labios de aquella chica que despachaba el pan todos los mediodías con una sonrisa arrolladora. Ella me miraba con dulce complicidad y aunque estemos en guerra con escasez de alimentos, lo mío era pan de otras migas a las cuatro en punto de la tarde me sentaba en el escritorio de esta Zaragoza amada con la enérgica decisión de escribir este desorden, aunque la amputación de la pierna durante horas diera sus síntomas habituales de flaqueza. Ese dolor punzante que se intensifica con la oleada fugaz de palabras que van y vienen con sus vértigos fatales en el trapecio del papel el tiempo es una incógnita.

Si ayer unas nubes cubrían la isla con un manto de ligera llovizna, hoy el cielo presenta una estampa despejada de soles amables. Yo estoy con angustia tambaleándome entre la cama y el escritorio, flaco de fuerzas y desmotivado frente a la imagen del espejo los momentos de melancolía se intercalan con los

chispazos de crispación, me siento como ese moscardón alocado que se orienta extrañamente por los muebles de la habitación.

Atrapado entre paredes donde la mirada busca un rayo de luz para la consolación más allá del grosor limítrofe de la nada tuve un sueño descorazonador donde sufría una herida de bala que me ardía bien adentro por un orificio del cuerpo. Estaba cerca un amigo que intentaba socorrerme, yo daba vueltas en la cama buscando el cojín que me aliviase la aguda picazón mental. Creo que esta pesadilla es producto de la falta de realización, una herida de muerte ficticia bajo las sábanas donde también ocultamos nuestros orgasmos, la armazón onírica de una vida juvenil que metaboliza sus sueños y carencias en la oscuridad total y a la espera de nuevas comunas es medianoche ahora.

Por la ventana se cuelan ráfagas de aire fresco y húmedo. Ladridos de perros y un silencio pausado que administra su lejanía. Al tomar el vaso de agua que me acompaña siempre en mis cavilaciones, me he dado cuenta de la flor marchita que conservo en el escritorio. No consigo descifrar el motivo inconsciente por el que traje este ramillete muerto. Sus hojas, podridas y acartonadas, yacen en el fondo de un cristal. su cadavérica pose se asemeja a una identidad de lo frágil, la pesadumbre como visión del momento fugaz que escapa y transmuta la infancia de lo pasado. No se trata de la tristeza como final refrigerado con sus residuos mortíferos, sino la conciencia nublada de la riqueza de la vida contemplada a distancia. Esta flor marchita interacciona como símbolo de lo perdurable de cada instante cotidiano, vuelve arpa de los sueños y de las quimeras olvidadas sobre el césped sucio de un pequeño parque adentrada la

mañana, apoyado a un tronco de palmera, esperando por los rayos de sol más puro.

Despierto de su siesta al fauno de las entelequias y de los festejos sobrevuelo el escritorio desde hace días. Necesito tocar tierra en la adorada estación del verbo. Hace más de una semana de la última vez y la adversidad me gana siempre la partida. para un hombre como yo este pulso contra el tiempo es determinante hay una identidad que se va forjando entre los temblores minúsculos de cada página. Así la escritura es una forma preliminar de terapia para el alejamiento forzado de la vida menos autentica, a la que nos somete el sistema con su calendario de obstáculos extravié mi pluma.

Hace más de un mes jamás anochece en Zaragoza, quiero ser a la vez el gorrión que anida y este viento sur en el escaño de la tarde. Y cimbreo la luz un cartabón de espuma bajo la mesa de disección que escampa el fuego robado a la inmensidad de las suertes arriba la copa de este cielo, todo cielo es verde solamente hay cielo en un jardín moribundo, la flecha y el arco por esta única vez desde el centro de la diana último pétalo de sombra que jamás termina.

Nada espera el ángel de la ventana del otro lado de una flor. Este silencio del arpa de la eternidad del sol bajo el agua de la noche como el agua entre las manos de este mar. La vena del arrullo infinito. Nada más que el rojo de una sola pierna. Sorbe el vaso la última gota de luz y aquilata la herida su manantial de muerte el sol último de un mañana que no veré. Tiembla al compás de la sonaja. Tan bello como el baño a media luz de Zaragoza.

ACERCANDO ORILLAS

HISTORIAS DE VIDA

XVII Concurso de Narrativa
sobre experiencias
migratorias en Zaragoza
2022

Edita:
Exmo. Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Políticas Sociales
Casa de las Culturas
C/ Palafox, 29
50001 Zaragoza

Diseño: Navarro & Navarro S.L.